



A llamada «ciencia-ficción» o «fantaciencia» empieza a cultivarse en España, sin duda con mucho retraso, tal vez debido a la tardía difusión de las obras de Bradbury, Simak, Pohl y otras destacadas representantes del género. No hace mucho comentábamos aquí la salida de una antología de cuentos españoles —publicada por «Edhasa»— cuyos autores podían ser adscritos a esta escuela literaria. Entre los más sobresalientes figura Juan José Plans, Primer Premio Nacional de Relatos de Ciencia-Ficción y Premio Ateneo de Jovellanos, con sus trabajos «El retorno» y «La gran coronación», aún inéditos. Ahora nos llega su libro «Las langostas» compuesto por once «relatos fantásticos» (Editorial OIZ, Madrid).

Este gijónés de 1943, redactor-jefe de «La Estafeta Literaria», ha popularizado ya su firma en la prensa diaria, en la que colabora asiduamente con narraciones que pueden ser incluidas en la tendencia antes aludida, aunque aparezcan también frecuentemente ensayos y artículos suyos que revelan en él preocupaciones de mayor anchura. Pero el terreno que pisa con mayor seguridad es, sin discusión, el de la ciencia-ficción y la fantasía.

Su nuevo libro denuncia claramente este dominio, aunque la composición del mismo sea heterogénea. En efecto, Plans ha reunido aquí desde narraciones policíacas, como «El crimen», hasta relatos de marcado carácter poético, como «La sirena». Sin embargo, unifica los once trabajos una misma inquietud humanizadora que los aleja del frío planteamiento que aqueja, en general, a toda invención literaria situada en este campo. Alguno de ellos alcanza un nivel lírico admirable.

Otros, no tan bien conseguidos, padecen de esquematismo y se quedan en embrión de posiblemente excelentes novelas cortas. Son los menos y no disminuyen el considerable nivel del conjunto.

El antiretoricismo de Juan José Plans es notorio. Su estilo es sobrio, escueto, económico. La concepción de los relatos es diversa; a veces consisten en sucesos directamente narrados, otros en historias ingeniosamente elaboradas para producir al final un determinado efecto. En ocasiones, Plans se instala abiertamente en el plano del humor, como en el brevísimo cuento titulado «Horóscopo».

Libro, pues, diverso, rico en fórmulas, desnudo de retórica, «Las langostas» de Juan José Plans; ingenioso, ameno y bien construido.



A reciente historia china, y en especial sus últimos episodios, constituye un tema polémico muy tratado actualmente. Hace unas semanas comentábamos la aparición en castellano y catalán del libro de Karol, producto de un prolongado viaje del autor a través del antiguo Imperio del Centro y de sus entrevistas con los principales dirigentes de Pekín. La obra de Karol constituye una aportación valiosa a la tarea de perfilar la imagen de un país de setecientos millones de habitantes. Ahora nos llega «La China del siglo XX» —Alianza Editorial. Colección «El Libro de Bolsillo»— del historiador Georges Dubarbie.

Dubarbie resume en esta obra cincuenta años de acontecimientos que desembocan en la llamada «revolución cultural». El objetivo que el historiador persigue es «estudiar el hundimiento de un imperio escarcomado, el comienzo de un sistema republicano en lucha con jefes militares rivales, ambiciosos e intrigantes, la consolidación de un régimen político bajo la férula de un jefe enérgico e inteligente, la actitud de las potencias extranjeras frente a esta nueva China, la agresión del Japón movido por la locura expansionista y, por último, la instauración del comunismo en un país empobrecido, agotado por las guerras civiles y exteriores». Así expresa el autor sus propósitos.

Consecuentemente con estos supuestos, Dubarbie nos relata, con una técnica sencilla y directa, el final del imperio manchú y la revolución del 10 de octubre de 1911, las complicaciones con que tropezó Sun Yat-Sen para aplicar, en el proceso de transformación del estado, los famosos Tres Principios; los primeros roces con el Japón, país envuelto ya en una mística de conquista y expansión; las guerras civiles y el papel de las potencias extranjeras con influencia sobre China; el Kuomintang y su larga guerra civil con los comunistas; el conflicto chino-nipón y la guerra mundial, y finalmente, el proceso de la conquista del poder por Mao y las secuelas del mismo.

El libro, muy bien documentado y escrito, defiende en ocasiones tesis discutibles; por ejemplo, la interpretación de la «revolución cultural» como nueva forma de la contradicción entre la voluntad centralista del poder y las fuerzas sociales que tiende a la desintegración. En nuestra opinión ésta es una explicación excesivamente simplista de un fenómeno que tiene sus raíces en el nivel ideológico. El autor elude esta realidad para justificar la tremenda conmoción que China está experimentando con argumentos extraídos de la historia anterior.

En todo caso, se trata de una obra bien estructurada, de amenidad poco corriente en el género, excelentemente traducida por Valentina Fernández Vargas.

plan de desarrollo y realidad económica, la crisis de los sectores básicos (y III)

¿EN qué medida el sector privado se ha adaptado a las previsiones del Plan? La evolución del sector industrial proporciona uno de los índices más elocuentes del grado de operatividad de las consignas del I Plan de Desarrollo. Al mismo tiempo que ciertas actividades industriales han superado las previsiones, otras, principalmente las de los sectores de base, no han podido alcanzar los ya moderados objetivos fijados en el texto del Plan. Las consecuencias de este fenómeno provocan fuertes desequilibrios y agudizan las contradicciones que vienen caracterizando el crecimiento económico español en los últimos años.

En efecto, gran parte de los problemas que afectan a la economía española están involucrados en la evolución de las producciones de los sectores básicos industriales. El desequilibrio que se establece progresivamente entre el escaso crecimiento de las industrias base —por debajo incluso de las previsiones del Plan— y el fuerte ritmo de expansión espontánea —por encima de esas previsiones— de la mayoría de las industrias de bienes de consumo duradero y, en general, de la industria transformadora, constituyen el rasgo esencial que define, no sólo los estrangulamientos del sistema económico, sino también gran parte de las tensiones inflacionistas. El hecho de que en buena medida el capital financiero tradicional español está vinculado estrechamente a estos sectores básicos industriales, está planteando de cara al propio desarrollo capitalista serios problemas, cuya resolución en uno u otro sentido va a condicionar la evolución de la economía española en los próximos años.

Es revelador el análisis comparado entre las previsiones establecidas en el Plan, en los años 1964-65 y 66, para los productos básicos y la producción conseguida en este mismo período.

PRODUCCIONES BÁSICAS INDUSTRIALES

	Previsión Plan	Producción realizada	Coefficiente de realización
Energía eléctrica (millones de kilowatts hora)	96.130	98.716 (1)	102,6
Hulla (miles de toneladas)	37.900	29.874 (1)	78,8
Antracita (mil. de ton.)	10.500	8.205 (1)	78,1
Lignito (mil. de ton.)	10.550	8.052 (1)	76,4
Mineral de hierro (mil. de ton.)	19.071	16.180 (1)	84,6
Acero (demanda) (mil. de ton.)	10.777	16.791 (3)	64,2
Zinc (mil. de ton.)	264	183 (2)	69,3
Aluminio (mil. de ton.)	173	168 (2)	95,9
Plomo (metal contenido) (miles de toneladas)	303	177 (2)	58,4
Cobre (mil. de ton.)	154	144 (2)	93,5
Cemento (demanda) (miles de toneladas)	28.312	33.809 (1)	84,3

(1) Ministerio de Industria (S. G. T.).

(2) Memoria del Plan de Desarrollo, 1966.

(3) Ensidesa.

Como puede comprobarse a la vista del cuadro anterior, salvo en el caso de la producción de energía eléctrica, en todos los restantes productos básicos seleccionados —que constituyen una muestra suficientemente amplia— hay una homogeneidad extraordinariamente significativa: en todos ellos las previsiones del Plan no han sido alcanzadas por las producciones reales durante el período 1964-66. Curiosa y, a la vez, alarmante coincidencia, que sirve para valorar adecuadamente la operatividad de la planificación indicativa en el sector privado.

La gran mayoría de estos productos constituyen la base fundamental del desarrollo económico de los restantes ramas industriales, especialmente de la industria manufacturera y de la de gran consumo. Cuando las industrias de productos básicos no logran suministrar las cantidades previstas como necesarias, es lógico que en todo el organismo productivo se originen estrangulamientos que tendrán que ser compensados, a destiempo casi siempre, con fuertes importaciones o con alzas de precios. Los problemas así planteados al crecimiento de la industria manufacturera son graves. Y muy graves han sido los planteados en el caso español, dado que la demanda de productos industriales de gran consumo ha rebasado con largueza las previsiones del Plan.

¿Dónde residen los causas de esta incapacidad manifiesta de las producciones básicas —salvo la energía eléctrica— para adaptarse a las ya moderadas previsiones del Plan? La crisis del sector minero y siderúrgico —de las que nos hemos ocupado en otras ocasiones— constituyen las piezas fundamentales para la explicación de este fenómeno, condicionador, en gran parte, de la situación económica que atraviesa el país.

En resumen, la realidad y el Plan, tanto en la esfera pública como en el ámbito privado de la economía, han seguido rumbos diferentes, evidenciando de manera palpable el escaso grado de operatividad de la planificación indicativa en España, cuyo epíteto más elocuente y significativo han sido las medidas estabilizadoras del pasado mes de noviembre, que habrán de recaer necesariamente sobre las partes más débiles del sistema económico.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ